

Griegos e indígenas en el Languedoc Central durante la Edad del Hierro

El Languedoc Central comprende desde la región de Agde, en la desembocadura del río Hérault, hasta las Grands-Causse, en las laderas meridionales del Macizo Central. Constituye, debido a su situación geográfica, su riqueza natural y su papel de vía de comunicación, una región idónea para el estudio de los contactos entre los pueblos mediterráneos (etruscos, fenos-púnicos, griegos...) y la población indígena. Este artículo presenta la síntesis de las investigaciones arqueológicas (prospecciones, sondeos puntuales, excavaciones programadas, estudios y revisiones de colecciones antiguas) llevadas a cabo durante el último decenio en dicha región (fig. 2), hasta hace poco conocida especialmente a raíz de algunos descubrimientos excepcionales como es el caso de la estatua helenística de bronce llamada «El Efebo de Agde» (fig. 1).

El poblamiento local durante los siglos IX-VIII aC

Es preciso, antes que nada, definir el tipo de implantación humana existente con anterioridad a los primeros contactos mediterráneos y al proceso de sedentarización que caracterizan los inicios de la Primera Edad del Hierro.

Tres tipos de hábitat diferenciado pueden distinguirse en la cuenca del Hérault a lo largo de este período: los yacimientos cercanos al litoral —generalmente yacimientos palustres o en el llano—, los hábitats de altura —la mayor parte de los casos situados sobre las primeras estribaciones que controlan el valle— y finalmente los yacimientos troglodíticos característicos de los macizos calcáreos en la zona interior de las Grands-Causse.

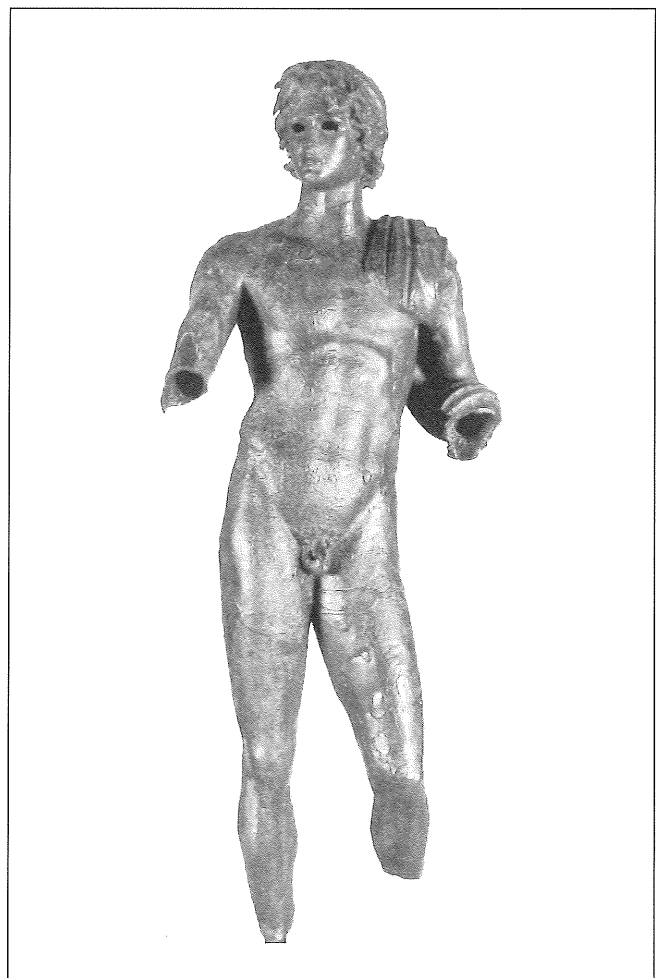


Figura 1. - Bronce conocido como "El efebo de Agde". Representación de un príncipe helenístico imitando a Alejandro Magno (siglos III-II aC). Foto: Musée de l'Ephèbe, Cap d'Agde (Hérault).

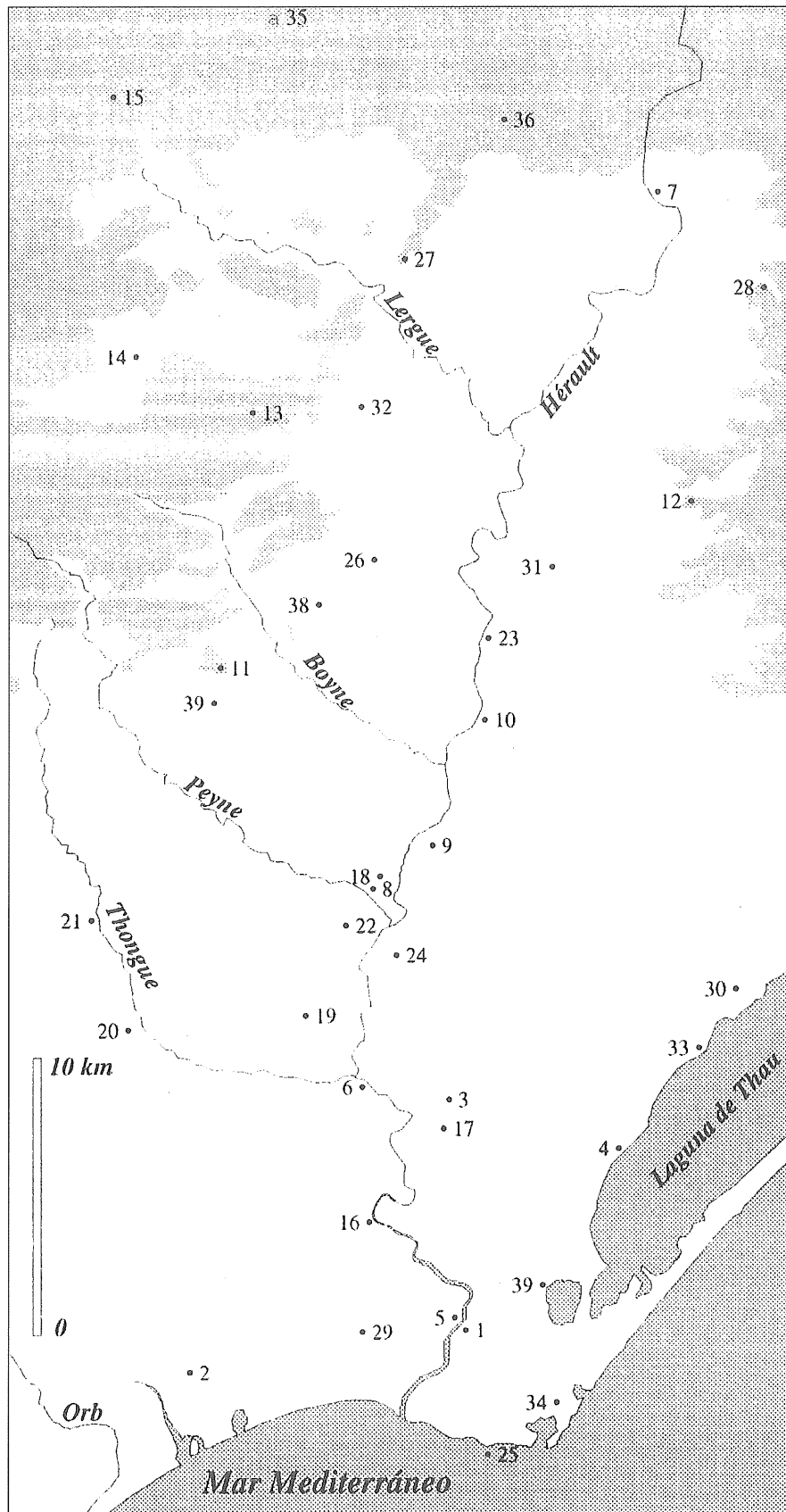


Figura 2. - Principales yacimientos de la cuenca del Hérault, numerados por orden de aparición en el texto. En gris, zonas con una altitud superior a los 200 metros.

Nº1- *Agathé* (Agde); 2- Jonquiès (Portiragnes); 3- Carreiroux (Florensac); 4- Montpénèdre (Marseillan); 5- L'Île (Agde); 6- *Cessero* (Saint-Thibéry); 7- Bois des Brousses (Aniane); 8- Saint Julien (Pézenas); 9- Puech Balat (Aumes); 10- Roquemengarde (Saint-Pons-de-Mauchien); 11- Puech Arras (Neffiès); 12- Puech Crochu (Saint-Bauzille-de-la-Sylve); 13- Les Courtinals (Mourèze); 14- Terra Fort (Octon); 15- Le Grézac (Lodève); 16- La Monédière (Bessan); 17- Mont Jouï (Florensac); 18- Saint Siméon (Pézenas); 19- Le Pirou (Valros); 20- Servian; 21- Abeilhan; 22- Bonneterre (Tourbes); 23- Pont sur l'Hérault (Campagnan); 24- Saint Antoine (Castelnau-de-Guers); 25- Rochelongue (Agde); 26- Batares (Péret); 27- Roque Courbe (Saint-Saturnin); 28- La Boissière; 29- Vias; 30- Loupian; 31- Saint Gervais (Plaissan); 32- La Ramasse (Clermont-l'Hérault); 33- *Mésua* (Mèze); 34- Embonne (Agde); 35- Mouniès (Le Cros); 36- La grotte des Fées (Montpeyroux); 37- Le Bagnas (Agde); 38- Le Céressou (Fontès); 39- La Vérune (Neffiès)

El hábitat de Jonquiès (Portiragnes) está situado sobre un pequeño promontorio a 15 m de altitud, en plena zona lacustre y a una distancia de 2 km al norte de la línea de costa actual. Permitted documentar, hace algunos años (GRIMAL 1979), los restos de una ocupación perfectamente datada en el Bronce Final IIIb, con elementos culturales atribuibles a la facies Mailhac I (siglos IX-VIII aC). La estrategia de subsistencia de dicha comunidad parecía orientada hacia las actividades agropastoriles (restos de molinos y moletas, huesos de bóvidos y suidos), compaginada durante los períodos estivales con la pesca y el marisqueo, atestiguados a partir de abundantes restos de conchas y de ciertos elementos pertenecientes a redes como pesas construidas a partir de fragmentos cerámicos, algunas de ellas abandonadas en curso de fabricación. Por lo que respecta a las técnicas de construcción, los materiales precederos eran exclusivos: encañizados recubiertos por una argamasa de barro y elementos vegetales y sostenidos por una armadura de postes de madera clavados en el suelo. La evolución del asentamiento fue interpretada (GRIMAL 1979, 93) como «una sucesión de diferentes ocupaciones más o menos espaciadas en el tiempo».

Este tipo de hábitat palustre, agrupando varias cabañas, no constituye sin embargo un caso aislado en la región. Así, por ejemplo, otros vestigios de ocupación sincrónicos han sido puestos de manifiesto en contextos topográficos y culturales similares en Portal-Viel (Vendres), donde han aparecido varios restos de construcciones sub-rectangulares, fabricadas también con materiales precederos y delimitadas en varios casos por postes de madera, de los cuales sólo se conservaban los elementos de fijación en el suelo, tal vez debido a «su recuperación en el momento de abandono del yacimiento» (ABAUZIT 1961). Restos del mismo tipo se observan igualmente en Carreiroux (Florensac) (GRIMAL, ARNAL 1966), Sauvian, Montpénèdre (Marseillan) y en l'Île, ya en la propia Agde (JULLY et al. 1978, 9). Se trata, en definitiva, de una ristra de hábitats esparcidos a lo largo de la costa y en la orilla de las lagunas y albuferas, entre la laguna de Thau y el río Aude, que por otro lado parecen integrarse dentro de un fenómeno de más largo alcance y generalizable, por lo menos, a las costas del conjunto del Languedoc y la Provenza.

Por lo que respecta al valle del Hérault, los hábitats conocidos raramente sobrepasan una hectárea de superficie. Se sitúan a lo largo del río, en las inmediaciones de zonas económicamente complementarias, como es el caso de Saint-Thibéry (COULOUMA, CLAUSTRE 1943) o el de Aniane (BOUDOU et al. 1961). Responden probablemente a un tipo de poblamiento semisedentario que podría relacionarse, al menos los ejemplos más meridionales, con los campamentos del litoral. El modelo ha sido definido como de «trashumancia inversa» (PY 1990, 29-30); es decir, aprovechamiento durante la estación seca del potencial económico agropecuario y depredador que ofrecen las zonas lacustres y el litoral y ocupación alternativa durante los períodos húmedos, menos aptos para el desarrollo de estas actividades, de las zonas más al interior.

Los yacimientos más septentrionales, ya en el valle medio y las Causses del Hérault, no parecen contra-

decir una hipótesis similar, aun cuando la investigación arqueológica desarrollada no permite aportar datos complementarios: nomadismo estacional ligado al pastoreo (trashumancia inversa) o a la práctica de la roza.

Sin embargo, la característica más singular del poblamiento durante el Bronce Final III y los inicios de la Edad del Hierro en esta región reside en un importante desarrollo de las actividades metalúrgicas (GARCÍA 1993, 100). En efecto, los datos disponibles permiten, directa o indirectamente, documentar todas las etapas del proceso: extracción del mineral (Octon), tratamiento *in situ* (Lodève-Le Grézac), fabricación de objetos (Octon, Lodève-Le Grézac, Saint-Bauzille-de-la-Sylve) y refundición del material amortizado (Octon). Los territorios teóricos, por otro lado, de los hábitats más importantes engloban los principales yacimientos cupríferos conocidos. En consecuencia, junto a las prácticas agro-pastoriles tradicionalmente atribuidas a estas comunidades, es preciso destacar que este tipo de metalurgia especializada sólo ha podido desarrollarse en el marco de una economía de intercambio.

El artesanado y el comercio resultante debieron permitir poner en contacto a los habitantes de esta región, particularmente rica en mineral de cobre, con las poblaciones de otros sectores del Languedoc, especialmente con aquellas del litoral y del sector oriental, zonas donde este mineral está ausente pero en las cuales aparecen objetos de bronce y moldes de fundición. Estamos, pues, frente a un factor que distingue el valle medio del Hérault y la Lodève de las regiones vecinas y que, desmarcándolos ligeramente de una economía estricta de subsistencia, preconiza en cierta manera las notables transformaciones que afectarán al conjunto del Languedoc a partir del siglo siguiente. Tal vez incluso, este tipo de actividades y sus repercusiones consiguientes han sido la causa del impulso demográfico que reflejan el número y dimensiones de los hábitats conocidos.

Importantes concentraciones de población son reconocibles especialmente a partir de finales del siglo VII aC: Agde, Bessan, Florensac, Saint-Thibéry, Pézenas y Aumes. Se trata, muy probablemente, de asentamientos habitados por comunidades ahora ya completamente sedentarias. Su emplazamiento se sitúa, por regla general, en los espaldones que dominan el río; a veces en su confluencia con algún riachuelo secundario o arroyo. El territorio que controlan es poco variado y, sin lugar a dudas, parcialmente palustre.

El estudio de los principales afluentes del Hérault confirma plenamente este modelo. Siguiendo el curso río abajo del Thongue aparecen, por ejemplo, los hábitats de Saint-Thibéry, Valros, Servian y Abeilhan. En todos ellos su ubicación parece condicionarse más a la presencia de una vía de comunicación natural —fluvial o terrestre— y al potencial económico inherente al propio río y sus riberas, que a la existencia de terrenos aptos para la explotación agrícola.

Junto a este tipo de yacimientos existen, sin embargo, otros asentamientos menores como la cabaña de Pierras de l'Hermitage (Servian) (PRADES, ARNAL 1965) o como los recientemente descubiertos durante las prospecciones en los alrededores de Pézenas que bien podrían interpretarse como pequeñas explotacio-

nes agrícolas al pie de colina y dependientes de un *oppidum*.

En cualquier caso, el tipo de emplazamiento elegido para la implantación del conjunto de estos hábitats permite imaginar un influjo de los primeros contactos con los pueblos mediterráneos. En este sentido (NICKELS 1989, 118), se ha sugerido que la fundación de Bessan podía responder a un repliegue hacia el interior de las comunidades indígenas de Agde, a la búsqueda de zonas menos sometidas al contacto directo con los recién llegados. Personalmente considero que la aparición sistemática durante este período de hábitats con características comunes en cuanto a su emplazamiento refleja más bien un deseo de contacto, que no de retirada.¹ Así parece confirmarlo su situación a menos de un día de camino respecto el litoral.

El análisis de los elementos de cultura material (objetos metálicos, cerámica...) aparecidos tanto en los hábitats, como en las necrópolis de incineración, en los túmulos de las Garrigues o en los abundantes depósitos de bronce existentes permite, por otro lado, relacionar los yacimientos de la cuenca del Hérault y sus aledaños con las facies Grand-Bassin I y Grand-Bassin II, definidas a partir de los resultados obtenidos en las necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Mailhac (Aude).

La facies Grand-Bassin I, resultado de una evolución *in situ* del Mailhaciense I, sería la propia del pueblo elísico, citado por Hecateo de Mileto a finales del siglo VI aC y del cual se conoce también la participación de algunos mercenarios en la batalla de Himera el año 480 aC bajo el mando cartaginés (Herodoto VII, 195). Su capital era Narbona, según el relato de Rufo Festo Avieno.²

Se trata de una facies común a las poblaciones de la cuenca del Aude, del Orb y de la parte occidental de la cuenca del Hérault, que constituye, en definitiva, el substrato sobre el cual se desarrollará posteriormente la cultura ibero-languedociense. A partir de este momento, como mínimo, el valle del Hérault se perfila pues como una frontera étnica y cultural que limitará por el este la propia expansión del complejo cultural ibero-languedociense.

A nivel de análisis territorial, se perciben también durante esta fase importantes modificaciones por lo que respecta a la implantación del hábitat según unas pautas que se desarrollarán durante los siglos siguientes. Más allá de la estabilización y sedentarización definitiva de los hábitats —cuya ubicación continúa sin poder explicarse en términos de un interés exclusivo por el aprovechamiento de territorios complementarios desde la perspectiva de su explotación agrícola—, se observa, ante todo, una mayor potenciación del río en tanto que espacio de comunicación y poblamiento. El valle, límite oriental del territorio elísico, juega definitivamente un papel de espacio de comunicación norte-sur y de espacio-frontera este-oeste.

1. Comparto así la opinión de M. Gras respecto a Bessan: «...la Monédière estuvo habitada por indígenas que deseaban entrar en contacto con los comerciantes del Mediterráneo...» (GRAS 1977, 153-154).

2. Sobre la definición del territorio de los Elísicos, cf. G. Barruol (1973) y A. Nickels et al. (1989, 453-457).

Los primeros contactos con comerciantes del Mediterráneo

Recientemente A. Nickels (1990, 24) señaló respecto a la necrópolis de Saint-Julien (Pézenas): «A diferencia de lo que ocurre en otras regiones —el territorio interior de Nimes, por ejemplo— nada autoriza aquí a afirmar cualquier tipo de anterioridad del comercio etrusco sobre el comercio griego».

Los testimonios más significativos y precoces del comercio etrusco están constituidos esencialmente por los cuencos de bronce con decoración granulada en el borde de Florensac (575-550 aC), Pézenas (a partir del 610-590 aC), Saint-Bauzille-de-la-Sylve (sin contexto preciso) y Mourèze (600-550 aC) (GARCÍA, ORLIAC 1986); la vajilla de «bucchero nero» de Bessan (inicios del s. VI aC), Castelnau-de-Guers (575-550 aC) (HOULÈS, JANIN 1992, fig. 3-2 y 3-3), Pézenas (a partir de finales del s. VII aC) (NICKELS 1990, 6) y las ánforas vinarias de Agde (siglo VI aC) (JULY et al. 1978, 11), Bessan (inicios del s. VI aC) (NICKELS 1989), Florensac (s. VI aC) (MARCHAND 1982), Castelnau-de-Guers (575-550 aC) (HOULÈS, JANIN 1992, fig. 3-1), Pézenas (a partir del 570 aC), Mourèze y Montpeyroux (600-550 aC) (GARCÍA 1993, 175). Es preciso añadir a esta lista una copa etrusco-corintia (la cílica de la tumba de Castelnau-de-Guers) (HOULÈS, JANIN 1992, figs. 3-4) y un hallazgo excepcional: el trípode etrusco de «La Tour de Castellás», aparecido en un contexto poco seguro a raíz de unas prospecciones submarinas; podría tratarse de una pieza reutilizada durante el siglo III aC en alguna tumba o santuario (FORLENQUE 1986).

Se trata de un trípode de bronce, fabricado a molde. Mide 62 cm de altura y corresponde posiblemente al soporte de un caldero. Está compuesto por largas varillas cilíndricas de 1 cm de diámetro, sostenidas por tres pies en forma de garra de león; la parte superior la forman láminas decoradas con representaciones femeninas, zoomorfas y florales. Corresponde probablemente a una producción de Vulci y constituye un *unicum* en la Galia (fig. 3).

Se observa, pues, que el comercio etrusco, al contrario de lo que sucede con el comercio griego, afecta desde el principio los territorios del interior. ¿Se trata de una difusión llevada a cabo por «comerciantes-exploradores», o más bien ha sido realizada por las propias comunidades indígenas que, tal como ya hemos visto, se replegaban periódicamente en el traspas? ¿La presencia de dichos productos etruscos en las regiones mineras es debida a una atracción real por los metales, o puede explicarse fruto del azar de los intercambios? Intentaré más adelante aportar algunos elementos de reflexión.

No insistiré tampoco ahora sobre el problema del comercio fenopúnico, también llamado «ibero-púnico» en la tradición bibliográfica francesa. El tema ha sido objeto recientemente de una síntesis general en el marco de la publicación de la Mesa Redonda: «L'ibérisation du Languedoc», realizada en Lattes (GARCÍA 1994). Es preciso recordar, no obstante, que los objetos relacionados con este comercio corresponden a las series más antiguas (finales del siglo VII aC) conocidas en el sur de la Galia.

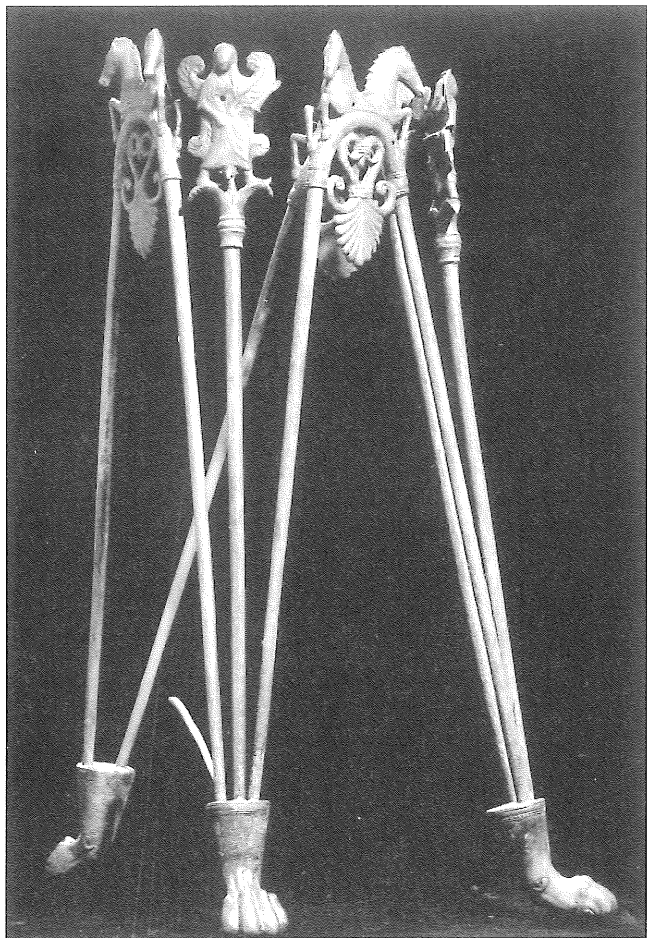


Fig. 3. - Trípode etrusco llamado «La Tour du Castellans» (Marseillan). Probable producción de Vulci. Foto: Musée de l'Ephèbe, Cap d'Agde (Hérault).

La fase de exploración griega

Los contactos con el mundo griego son seguros a partir del período que se ha convenido en llamar «fase de exploración» (segunda mitad del siglo VII - inicios del siglo VI aC). Los testimonios conocidos se remiten a cuatro vasos a torno aparecidos en Agde (tercer cuarto del siglo VII aC), una copa rodía de Servian (último cuarto del siglo VII aC) y un enócoe «rodio», un vasito «rodio» y cuatro estamnos —tres «rodios» y uno «focense»— descubiertos en Pézenas (finales del siglo VII - inicios del siglo VI aC) (NICKELS et al. 1989, 455).

Tan exiguo bagaje no permite precisar el origen de los exploradores: rodios o de la Grecia del Este y el interrogante no presenta visos de respuesta definitiva a corto plazo. Para algunos autores, sin embargo, (NICKELS 1983, 418) los griegos presentes con seguridad en la región de Agde desde el primer cuarto del siglo VI aC podrían explicarse como la «instalación permanente de un pequeño grupo de focenses en el seno —o en las inmediaciones— de una comunidad indígena»; dicho establecimiento estaría relacionado con la creación de un «puerto de escala marítimo».

La fase de instalación

En la cuenca baja del Hérault existen talleres produciendo la conocida cerámica griega de Occidente del

tipo gris monocroma desde el segundo cuarto del siglo VI aC, tal como ya había sido señalado hace algunos años (NICKELS 1983, 417) y como lo confirman los recientes hallazgos de Castelnau-de-Guers (HOULÈS, JANIN 1992, 435, figs. 3-5). Si bien el centro productor no ha podido ser localizado hasta hoy, la facies de estas cerámicas se distingue claramente de las producciones de Marsella y Provenza y el análisis de la difusión de estas piezas confirma su atribución a la región de Agde (NICKELS 1978).

Los sondeos estratigráficos llevados a cabo en la calle Perben de Agde (NICKELS 1995) demuestran claramente la existencia de un enclave griego en una fecha que, como mínimo, puede situarse hacia la mitad del s. VI aC y que coincide además con el futuro emplazamiento de la colonia. Para A. Nickels (1983) el carácter más foceo que masaliota de Agde resultaba evidente. Agde constituía así un *emporion* focense creado apenas algunos decenios después que Marsella o Ampurias y poco antes de la caída de la metrópoli jonia. Se trataba de un resorte suplementario dentro del circuito colonial focense en Occidente (MOREL 1992, 17-18); una etapa a mitad de camino entre Marsella y Ampurias con las cuales compartía un mismo modelo de implantación (GRAS 1993, 105-106).

En una fecha similar, las cabañas de planta absidal de Bessan prueban igualmente dicha presencia griega. Su instalación se interpreta como un intento de control sobre el *hinterland* inmediato de Agde (NICKELS 1989). Bessan se encuentra 6 km al norte del *emporion*, junto al río, en uno de los límites de la zona navegable y en la encrucijada de diversas vías de comunicación norte-sur y este-oeste. El yacimiento, estratégicamente bien situado, se extiende sobre una pequeña plataforma de unas tres hectáreas de superficie. Podría suponerse, pues, un funcionamiento dual: Agde, *emporion* rápidamente transformado en *polis* portuaria griega (aglomeración urbana fortificada situada cerca de la costa) y Bessan, jugando el papel de avanzadilla hacia el interior: lugar de contacto e intercambio con el mundo indígena, espacio más abierto, justo a las puertas del *hinterland*.

Es preciso recordar una vez más que los testimonios de estos primeros contactos —griegos, etruscos y fenopúnicos— aparecen siempre dentro de la misma mitad de siglo; es decir, entre el 650-600 aC, tal vez, con una ligera posterioridad por lo que respecta a los productos etruscos. Su impacto tiene, sin embargo, un eco desigual según las zonas y comunidades implicadas.

Resulta difícil en este contexto proponer una «fase de contacto» cuando se intenta analizar la presencia etrusca. Aparentemente —como ya hemos señalado— ésta fue más reciente, pero muy profunda tanto en volumen (cerámicas, preferentemente ánforas y por consiguiente vino), como en intensidad. En Bessan, por ejemplo, las ánforas vinarias etruscas constituyen ya, hacia la mitad del siglo VI aC, más del 85% del total de ánforas contabilizadas; un fenómeno similar se reproduce en Agde.

La distribución geográfica de los hallazgos, incluyendo la zona sur de la Causse de Larzac, muestra la vasta difusión de dichos productos y aunque el volumen de las importaciones sea más intenso cerca

del litoral, su impacto en el seno de las comunidades agropastoriles y mineras del *hinterland* es ciertamente significativo. Señalemos en este sentido que corresponden a esta fase los ocultamientos de los principales depósitos de objetos de cobre y bronce launacienses conocidos en la cuenca del Hérault. Dichos hallazgos se sitúan tanto cerca de las zonas de explotación minera (Péret, Saint-Saturnin o La Boissière), como cerca del litoral: depósitos de Vias, Loupian e incluso en la propia Agde con 1.700 objetos esencialmente de bronce y 800 kg de lingotes de cobre puro descubiertos en el pecio de Rochelongue, a escasos metros de la costa. En resumidas cuentas, la documentación actualmente disponible en la cuenca del Hérault permite presentar un modelo coherente para la explicación del «fenómeno launaciense».

Así, en los territorios del interior, la relación hábitat-yacimiento cuprífero-depósito de objetos y lingotes está perfectamente establecida (GARCÍA 1993, 255-260). Los depósitos están compuestos por lingotes y hachas-lingotes fabricados con el cobre del lugar y por piezas de bronce recuperadas por los indígenas. Acto seguido, esta masa de cobre y bronce era transportada hacia el litoral. Esta segunda etapa podía realizarse o bien bajo el control de los propios indígenas —si el intercambio se producía en las «ciudades-mercado» cercanas a la costa—, o bien a través de comerciantes mediterráneos (o de sus intermediarios) —si el intercambio tenía lugar cerca de los centros de producción—. Varios depósitos aparecidos a lo largo de las vías naturales de comunicación o cerca del litoral prueban la frecuentación de dichas rutas comerciales.

La última etapa del tráfico comercial está atestigüada con el pecio de Rochelongue, cuyos materiales —objetos de bronce amortizados, hachas-lingotes y lingotes de cobre— coinciden exactamente con los materiales de los depósitos. J. Gasco (1993, 62) ha observado que los hallazgos aparecían distribuidos en un rectángulo de 15 × 14 m; las piezas se presentaban agrupadas y clasificadas por categorías, como si hubieran estado almacenadas dentro de sacos o capazos en el interior de la nave. La hipótesis de un barco con destino a alguna ciudad de Etruria meridional parece a todas luces plausible; su cargamento al igual que la casi totalidad de los depósitos launacienses constituiría una de las contrapartidas indígenas a los proveedores de vino de Vulci o Cerveteri.

Nos quedan, por último, los objetos «íbero-púnicos». Constituyen también un reflejo de las aportaciones comerciales pero reflejan igualmente la evolución interna de una cultura material común a los pueblos elísicos de las cuencas del Hérault, Orb y Aude. Dichos contactos y aportaciones anuncian el desarrollo de una cultura ibérica cuyo apogeo se producirá en el siglo v aC y cuya consolidación tendrá lugar en detrimento del desarrollo de los intercambios comerciales griegos y etruscos.

Resumiendo, pues, los primeros productos griegos pueden considerarse fruto de contactos preliminares y no como resultado de una actividad comercial consolidada. Les sigue rápidamente una fase de instalación efectiva, el control sobre un territorio y una

serie de producciones artesanales que reflejan, desde el inicio, una clara ambición colonialista.

En el Languedoc Central, dicha instalación se produce, sin embargo, de forma paulatina. Si bien los primeros rasgos son perceptibles en el litoral y la cuenca baja desde finales del siglo VII aC, no sucede lo mismo en el valle medio y en la Lodève, cuyas poblaciones no parecen sostener relaciones comerciales reales hasta la segunda mitad del siglo VI aC; es decir, después de la creación del *emporion* de Agde.

A título de hipótesis de trabajo, podemos retener tres tipos de relaciones diferentes según las poblaciones implicadas: contactos comerciales y evolución etnocultural por parte de «íbero-púnicos», intercambios ligados a la explotación de recursos (especialmente minerales) por parte de los etruscos e instalación, pero igualmente intercambios, consumo y producción por parte de los griegos.

Las repercusiones de la presencia focea

En el traspais, hasta una distancia de 40 km de la costa, aparecen a partir del 525 aC numerosos hábitats en elevaciones más o menos accesibles (GARCÍA 1993, 317). Se trata de *oppida* que responden a tres tipos de yacimientos perfectamente definidos: espacios ocupados desde el Bronce Final y tal vez desde inicios de la Primera Edad del Hierro; promontorios dominando directamente el valle del Hérault y, finalmente, establecimientos en las zonas cupríferas más importantes de la región.

Corresponden a aglomeraciones indígenas estables, según se desprende de la presencia de murallas, estructuras de almacenamiento y del análisis de la propia estratigrafía. Dichas comunidades mantienen relaciones comerciales con íberos, etruscos y principalmente griegos, materializadas por la presencia de importaciones diversas, especialmente vino y cerámicas.

Los materiales de origen mediterráneo aparecidos en los asentamientos —particularmente en Puech Crochu (Saint-Bauzille), Saint Gervais (Plaisan) y La Ramasse (Clermont-l'Hérault)— muestran el surgimiento impetuoso de un comercio centrado en la cerámica de lujo —especialmente la cerámica griega producida en la región de Agde (NICKELS 1978; GARCÍA 1993, 182-185)—, pero centrado en mayor medida en el vino, evidente a partir de las ánforas de origen etrusco y en mayor cuantía griegas. La inclusión de la región dentro del circuito comercial de los focenses de Agde es un hecho contrastado.

Son, sin duda, dichas relaciones económicas las causantes del reagrupamiento de la población indígena en asentamientos de altura: permiten una mayor seguridad —defendidos por murallas—, constituyen signos territoriales en el conjunto del paisaje, dominan zonas con recursos diversificados y controlan el valle del Hérault. Se distribuyen a lo largo de esta vía natural de comunicación con una cadencia no superior a los 10 km de distancia. Cada uno ocupa un territorio estimado alrededor de 20 km², en principio suficiente para permitir la supervivencia del grupo y la produc-

ción de excedentes.³ La presencia de hábitats más alejados del eje principal, pero cuyo territorio encierra riquezas mineras (cobre, plata) permite definir una de las contraprestaciones que, junto al excedente de las actividades agropastoriles, ha podido interesar a los comerciantes. Salvo contadas excepciones, la difusión de productos mediterráneos no parece sobrepasar los márgenes meridionales de las Causses del Hérault. Las zonas áridas y de escaso valor minero al norte de la región no han atraído el interés de las poblaciones indígenas y, en consecuencia, tampoco a los comerciantes griegos y etruscos.

Cerca del litoral, los principales yacimientos conocidos reciben una gran cantidad de productos de origen mediterráneo, en su mayor parte griegos. En Bessan, la ocupación sin solución de continuidad de algunas casas griegas (NICKELS 1989) evidencia la supervivencia del *emporion* hasta poco antes del 500 aC. El resto de asentamientos indígenas (Florensac, Aumes, Pézenas...) parecen beneficiarse de su proximidad con el enclave griego y, tal vez, de su papel de intermediarios.

El peso de la presencia ibérica

Hacia el 500-475 aC, numerosos hábitats del valle del Hérault son abandonados o, al menos, ven reducida su superficie de ocupación. En Puech Crochu (Saint-Bauzille), el *oppidum* fundado hacia el 525 aC se abandona completamente hacia el 500 aC. En La Ramasse (Clermont-l'Hérault), el yacimiento, creado también en una fecha similar, sufre una destrucción, tal vez violenta, según parece demostrar del derrumbe de una cabaña construida con materiales perecederos y descubierta con todos los materiales *in situ* (GARCÍA 1993, 130-131, figs. 51-52). Una ocupación extremadamente reducida podría haberse prolongado sin embargo en este hábitat durante los dos primeros tercios del siglo v aC.

Siguiendo en el valle medio del Hérault y la región de Lodève, los yacimientos más significativos evidencian igualmente cambios o transformaciones importantes: abandonos totales o vacíos en la secuencia estratigráfica, aumento de la tasa de cerámica fabricada a mano y descenso de las importaciones, ausencia de evolución tecnológica... La cabaña de Courtinals (Mourèze), fechada hacia la mitad del siglo v aC, constituye un claro ejemplo de esta tendencia: yacimiento apartado del valle, construcciones con encañizado, formas de vida tradicionales, porcentaje de cerámica fabricada a mano cercano al 94% —mientras que éste sólo constituía el 53% cincuenta años antes en Saint-Gervais (Plaisan)— (GARCÍA, ORLIAC 1990). La necrópolis de Pézenas y el hábitat de Saint-Siméon se abandonan también hacia el 500-480 aC (NICKELS 1990).

Esta documentación arqueológica concerniente al *hinterland* deja entrever, de alguna manera, las grandes

transformaciones que parecen producirse en la región de Agde durante el mismo período. En Bessan, a partir del primer tercio del siglo v aC, las casas griegas son reemplazadas por un hábitat indígena tradicional (NICKELS 1989, 116-117); Florensac se abandona durante el primer cuarto del siglo v aC —cuando siempre se había considerado que «su situación y su ventajosa posición topográfica le auguraban un brillante porvenir» (NICKELS 1987, 40). Finalmente, en la propia Agde, se observa un notorio retroceso de la presencia griega al igual que importantes transformaciones en su urbanismo (NICKELS 1995).

Los datos de la cuenca del Hérault confirman así la idea de un período de ruptura o crisis en el conjunto del Languedoc Occidental en el siglo v aC, al menos durante sus dos primeros tercios. La hipótesis había sido ya formulada a raíz de las observaciones estratigráficas efectuadas en Pech Maho y Mailhac, en la región del Aude, sin olvidar conclusiones similares conseguidas también a partir del estudio de la cerámica ática de una decena de yacimientos del Hérault (JULY 1973, 165-181).

Un importante yacimiento del Languedoc Occidental parece, sin embargo, seguir una evolución completamente diferente: Béziers. Las excavaciones recientes han puesto de manifiesto que el período principal de ocupación se sitúa entre el comienzo del siglo v y el fin del siglo iv aC. Se trata de un hábitat con «una extensión mínima de 20 ha ocupada y edificada en el siglo v aC», «sin lugar a dudas bastante poblado y probablemente rico» (UGOLINI et al. 1991, 198). Frente a la afirmación de una «ciudad griega olvidada» o cuando menos de un yacimiento que evidencia «una innegable influencia griega» (UGOLINI et al. 1991, 198) —hecho que no parece demostrar la documentación publicada—, podría formularse la hipótesis alternativa del desarrollo de una aglomeración producto de las actividades con el comercio ibérico, la cual por otro lado sería el exponente de la expansión de la cultura íbero-languedociense.

Efectivamente, el fenómeno claramente observado en el valle del Hérault se caracteriza por un retroceso de la presencia griega, acompañado de un incremento de la actividad mercantil ibérica y ampliado con una mayor abundancia de las producciones ibéricas locales. El yacimiento de Bessan (NICKELS 1989) proporciona datos particularmente explícitos al respecto. La cerámica pintada de «tipo ibérico» constituye el 2% en relación al total de cerámicas exceptuando las ánforas durante la fase Bessan I (600-540 aC, período de la ocupación indígena); más del 40% durante la fase Bessan II (540-500 aC, correspondiente a las casas griegas de planta absidal); el 76% a partir de la fase Bessan IIIa (500-475 aC) y todavía más del 40% durante la fase Bessan IV (475-425 aC). Por lo que respecta a las ánforas exclusivamente, los ejemplares íbero-púnicos representan menos del 7% sobre el total durante el siglo vi aC; más del 80% a partir de Bessan IIIa (500-475 aC) y el 12,5% a partir del 475 aC.

A finales del siglo v aC, cuando la presión griega se deja sentir de nuevo, el «proceso de iberización» de las comunidades indígenas de la cuenca del Hérault va a detenerse, manifestando sin embargo una continuidad regular en otras zonas, especialmente en la

3. Estos resultados constituyen un resumen del análisis espacial y territorial que he efectuado siguiendo diferentes metodologías sobre una microregión de aproximadamente 290 km² (GARCÍA 1993, 164-172, fig. 71).

región de Béziers donde «una facies original presenta en este momento gran vitalidad» (GAILLEDRAIT 1993, 461).

Ciertamente, el fin del siglo v y los inicios del siglo iv aC suponen un importante giro dentro de la historia regional: durante este período se funda «en el curso del río *Arauris*» la colonia masaliota de Agde, «contra los bárbaros que habitan a lo largo del Ródano» (STRABON IV, 1, 5). En el corazón del golfo *Masaliótico*, la colonia asegurará de ahora en adelante y de una manera estable la presencia griega en el Languedoc Central, implicando, en consecuencia, sensibles transformaciones en el seno de las estructuras socioeconómicas indígenas.

La colonia masaliota de Agde (*Agathé*)

La aglomeración colonial de Agde constituye un bastión con una superficie ligeramente superior a las 4 ha (NICKELS 1981; 1983, 422). Su planta tiene forma de cuadrilátero (270 × 200 m) y se halla rodeada por una muralla construida con adobes sobre un zócalo de bloques de basalto (fig. 4). Se ubica sobre una pequeña colina basáltica que presenta una ligera inclinación en sentido este-oeste; es decir, en dirección al río en cuya ribera se asienta. Dista 3,5 km de la línea de costa actual y su altitud es de 10 m. Si bien la colina domina la llanura circundante, la ciudad no era visible desde alta mar, puesto que el monte Saint-Loup, situado entre el mar y la colonia, con una altura de 113 m, constituía un obstáculo insalvable, a la vez que un punto de referencia marina de valiosa utilidad.

La implantación de Agde en una pequeña colina, a orillas de un río navegable, en las proximidades de espacios palustres y a las puertas de un *hinterland* rico en recursos naturales constituye un tópico para cualquier yacimiento focense. Estos factores, añadidos a las exigencias de la política comercial marsellesa, debieron influir sensiblemente en la elección del emplazamiento, por otro lado ya conocido por los comerciantes griegos desde hacía más de dos siglos y situado exactamente a mitad de camino entre *Massalia* y *Emporion*, próximo a un cabo cuyo saliente señala los límites entre el Golfo de Narbona y el Golfo *Galático*.

Las excavaciones estratigráficas llevadas a cabo por A. Nickels permiten datar con exactitud la fundación de la colonia a finales del siglo v aC (NICKELS 1982, 1995). La trama urbana establecida a mediados del siglo v aC —y conservada al menos hasta el cambio de era— experimenta cuatro remodelaciones ortogonales sucesivas (NICKELS 1981, 30-31) enmarcadas siempre en los límites que define el recinto amurallado. La ciudad está dividida en dos por la *platea*, un eje viario de 8 metros de ancho que coincide con la actual calle Terrisse.

El yacimiento es habitado desde inicios de la Prehistoria. En el lugar conocido como Belle Île, situado 100 m al noroeste de la ciudad antigua, ha aparecido un yacimiento del Bronce Final III (JULLY et al. 1978, 9). El hábitat correspondiente a la necrópolis de la Primera Edad del Hierro —aparentemente con una

población estimada entre 220 y 280 personas (NICKELS et al. 1989, 400)— no ha podido ser aún localizado; sin embargo, una fase indígena anterior a la creación del *emporion* focense ha sido identificada en niveles de principios del siglo vi aC (NICKELS 1995).

He propuesto recientemente (GARCÍA 1995) la definición y análisis del territorio y los dominios de la Agde griega, por lo cual me limitaré ahora a sintetizar las conclusiones principales. A grandes rasgos, el territorio de Agde se extiende por el oeste hasta la Grande Maïre; por el este, hasta la laguna de Thau y por el Norte, hasta el límite del territorio de Saint-Thibéry. En total, alrededor de 20.000 ha de las cuales sólo la mitad se presentan aptas para la explotación agrícola. A escasas centenas de metros de los muros de la ciudad, desde la cima del monte Saint-Loup, puede abarcarse con una simple mirada el conjunto del territorio e incluso más allá, hasta las Causses; se obtiene así la visión ideal del modelo de ciudad panóptica.

Dicho territorio puede dividirse en varias zonas con intereses económicos complementarios (fig. 5):

— Al sur y sudeste de Agde, entre el río, la laguna de Bagnas y la costa, se sitúa una colina (113 m. de altura máxima) en cuya superficie aparecen tanto coladas de basalto, tufos basálticos, como finalmente “escorias” basálticas. Los suelos propios de esta zona son laminares y muy pobres; sólo algunas pequeñas depresiones colmatadas con aportes coluviales han podido proporcionar tierras aptas para el cultivo, por otro lado nada despreciables si consideramos su proximidad a la ciudad. La mayor parte de este espacio, en general utilizado como cantera, podía permitir también el pasto de los rebaños. Dos colinas similares, pero más pequeñas, se encuentran al norte, en Saint-Thibéry y en el Grand Bosc, 2,5 km al este de Portiragnes. El conjunto de estos terrenos ocupa una extensión correspondiente al 7% de la superficie total del territorio.

— En segundo lugar, aparecen los depósitos aluviales a lo largo del Hérault en una franja de 3 a 4 km de ancho y siguiendo el curso del Libron con una anchura que oscila entre 1 y 2 km. Se trata de tierras bajas y pesadas (entre 1 y 12 m de altitud), a menudo sujetas a inundaciones. Algunas debieron estar permanentemente anegadas, por lo cual eran difícilmente cultivables con los arados de la época y sin practicar un drenaje generalizado, a todas luces inexistente. Dichos terrenos (alrededor del 20% del territorio) pudieron constituir pastos de calidad y ser utilizados como fuentes de aprovisionamiento de madera, ya sea como combustible o como material de construcción. Debieron ser aptas además para las actividades haliéuticas y cinegéticas.

— En tercer lugar, es preciso considerar las terrazas bajas y medias propias de los cursos terminales del Hérault y del Libron, por lo general situadas en altitudes superiores a los 10 m. Se trata de terrenos llanos o con pendientes muy poco pronunciadas, cuyos suelos ligeros, relativamente espesos y bien oxigenados son idóneos para los trabajos agrícolas. Debieron constituir los campos privilegiados de la *chôra* de Agde, especialmente aptos para el cultivo de cereales y la arboricultura. Puede añadirse a este grupo los suelos de margas y arcillas característicos de la región de

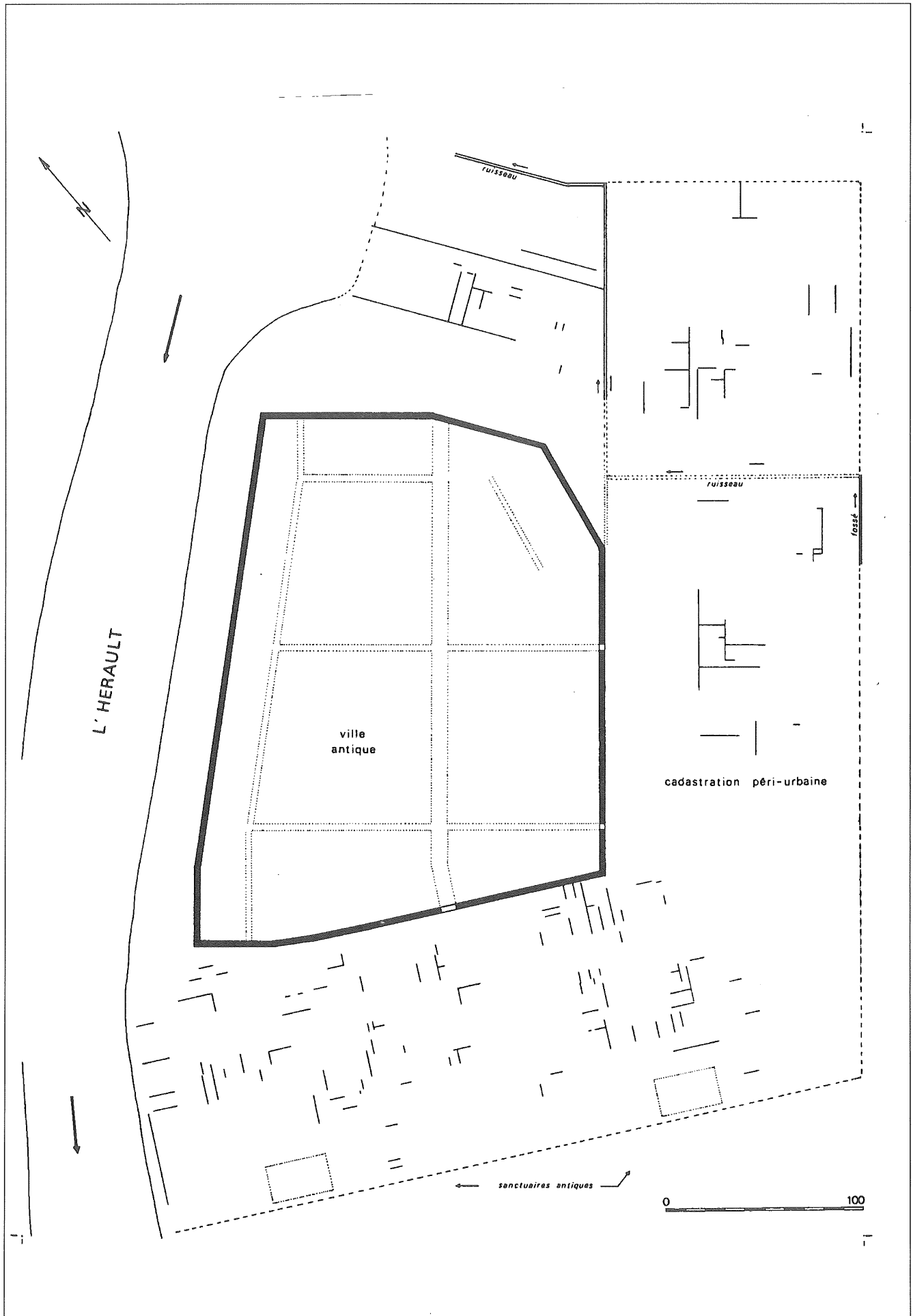


Figura 4. - Restitución en planta de la colonia griega de Agde (según A. Nickels).

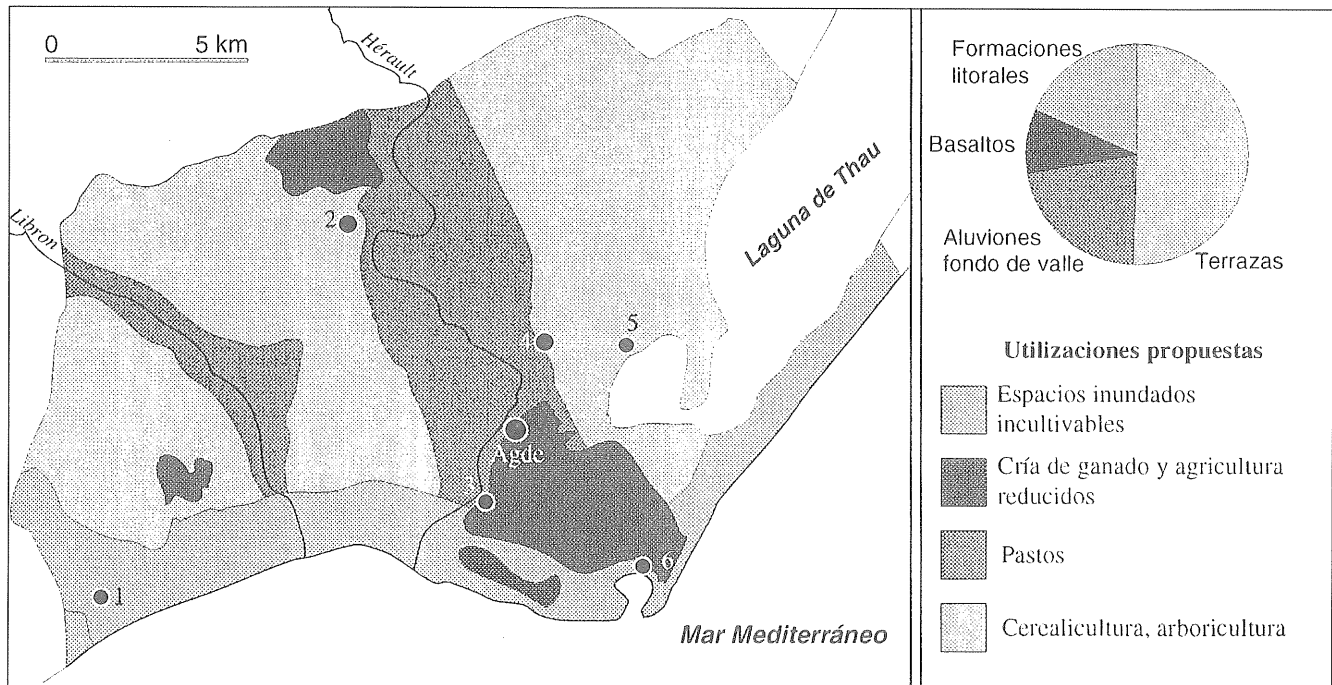


Figura 5. - Estimación del territorio de Agde a inicios del siglo IV aC indicando la situación de los hábitats aislados conocidos: 1. Portiragnes. - 2. Saint-Laurent. - 3. Le Grau. - 4. La Magdeleine. - 5. Saint-Michel/Le Bagnas. - 6. Embonne.

Pomérols. En total, constituyen cerca del 50% del territorio estimado, aproximadamente unas 10.000 ha.

— Finalmente, el cuarto grupo está constituido por las formaciones propias de la zona costera. Dejando a un lado las modificaciones subactuales del paisaje (eólicas, marinas, fluviales), existían, al este y oeste de la colina sobre la cual se asentaba la ciudad, una serie de marismas y marjales, a los cuales debería añadirse la propia superficie de las lagunas litorales, que constituían en su conjunto el 20% del territorio considerado. Se trata de espacios aptos para la pesca y la explotación de la sal, sin olvidar que otras actividades como el cultivo o la recolección del esparto pueden también haberse llevado a cabo, en especial si se tiene en cuenta las referencias al respecto en otras zonas de características similares como es el caso de las marismas ampuritanas (ESTRABÓN III, 4, 9).

Un rápido balance de esta caracterización induce a pensar en un territorio relativamente rico, en principio más ligado con la diversidad del medio natural, que con una verdadera calidad agrícola de los suelos.

Por lo que respecta a la propia ciudad de Agde, los cuatro tipos de formaciones descritas aparecen representados en un radio de 5 km en porcentajes muy próximos a los señalados para el conjunto de la región. En realidad el territorio de Agde se corresponde con una sección del valle y comprende toda la variedad de terrenos susceptible de satisfacer las necesidades de la comunidad. Se aproxima así a la concepción ideal del territorio de una ciudad, cuyo principio fundamental es el de la autosuficiencia. Sin embargo, es preciso insistir en que esta caracterización debe ser considerada como una simple aproximación esquemática, o a lo sumo, indicativa de la potencialidad del medio. El impacto del factor humano sobre el territorio constituye un hecho capital a tener presente y, por otro

lado, difícil de cuantificar en el estado actual de la investigación. Toda una serie de elementos tales como la fertilización de los suelos mediante estiércoles o algas, adecuaciones de los terrenos para el cultivo con la construcción de terrazas, irrigación, desecaciones... o el uso de determinadas técnicas de tipo manual o mediante tracción animal en el proceso de roturación y labra han podido tener un peso específico muy importante en la transformación de los condicionantes abióticos del medio natural.

Durante el período anterior a la instalación griega y en las zonas bajo control indígena es muy probable que se hayan explotado preferentemente los suelos ligeros propios de las plataformas y mesetas. Determinados vestigios de catastros antiguos permiten suponer, no obstante, que ya en época prerromana se llevaron a cabo desecaciones en determinados terrenos del fondo del valle y en la zona deltaica, especialmente en aquellas áreas no sujetas a inundaciones sistemáticas.

Subrayemos finalmente que la cifra de 10.000 ha por lo que se refiere a superficie agrícola potencialmente cultivable está muy cerca de las superficies consideradas para otras zonas como Metaponto y Quersoneso en época helenística (GRAS 1985, 416).

En otra ocasión he intentado ya presentar un mapa con la distribución de las zonas de influencia de Agde (GARCÍA 1993, 319-322), pero los datos actuales me permiten precisar ahora aquella primera propuesta. En primer lugar, es preciso concretar mejor el espacio geográfico en el que la actividad económica de Agde es patente; en otras palabras, el espacio en el cual Agde ha difundido esencialmente los productos de origen griego y en el que se ha abastecido de materias primas.

Hacia el oeste, resulta evidente la confrontación con la pujante comunidad íbero-languedociense, que incluye, sin lugar a dudas, yacimientos como Ensérune,

Béziers y Montfau; los indígenas de estas regiones giran dentro de la órbita ampuritana. En la parte sur, los límites de la zona de influencia de Agde coinciden probablemente con los de la ciudad de Béziers; continúan hacia el norte entre los ríos Libron y Thongue y finalmente entre los ríos Orb y Lergue. Hacia el este, el papel económico de Lattes parece lo suficientemente importante como para excluir esta villa portuaria de la órbita comercial de Agde; sus relaciones directas con Marsella son bastante probables y su función de puerto y centro de redistribución indígena están claramente establecidos. El límite entre las zonas de influencia de ambas ciudades podría situarse en el sector de la Gardiole y extenderse por el norte hacia la Causse d'Aumelas y las gargantas del Hérault. Por último, en la zona septentrional, las fronteras del espacio económico de Agde se presentan más difusas; los límites parecen más condicionados a la propia geografía que al factor humano. Las importaciones son escasas, casi excepcionales, al norte de Lodève, una vez adentrados en las primeras estribaciones del Macizo Central.

En resumen, nos encontramos ante una zona de influencia que no sobrepasa los 35 km de ancho por apenas 40-45 km de largo. Se trata de un espacio que rodea la colonia, con la cual mantiene una relación óptica, y cuyos extremos podían ser alcanzados en menos de un día por una carretera que tuviera su punto de partida en el propio corazón de la ciudad.

Dentro de este marco, las grandes zonas que propuse en su día me continúan pareciendo funcionales aun cuando precisen un ligero reajuste.

La *chôra politiké*, limitada al norte por el *oppidum* de *Cessero* (Saint-Thibéry), no merece más comentarios. Entre 10 y 20 km hacia el interior se encuentra el "hinterland inmediato" de la colonia masaliota. Se trata en este caso de una porción de valle que forma parte del corredor bajo-languedociense; constituye pues una auténtica vía de comunicación norte-sur y este-oeste. Los *oppida* allí instalados son numerosos y sus dimensiones considerables: Saint-Thibéry, Pézenas, Aumes... Esta zona, fiel consumidora de productos masaliotas, no posee aparentemente ninguna producción propia específica (minerales, por ejemplo) y debió abastecer a la ciudad griega con el excedente de sus actividades agropastorales. Puede suponerse, no obstante, que fue su papel de intermediaria el factor que contribuyó más activamente a su desarrollo; desde su aparición, los contactos entre indígenas y comerciantes del Mediterráneo estimularon la actividad de aquellas poblaciones que controlaban los accesos a las vías naturales de comunicación.

Entre 20 y 40 km al norte de Agde, el valle medio del Hérault y el Bajo Lergue constituyen una región con terrenos diversos pero marcadamente complementarios y con importantes recursos minerales (cobre, plata; también oro y ámbar). Los contactos con la colonia son manifiestos, según se desprende del material arqueológico (cerámica y monedas) recuperado en los hábitats indígenas, especialmente en aquellos próximos a las zonas de explotación minera. Un yacimiento en especial, el *oppidum* de la Ramasse en Clermont-l'Hérault, situado geográficamente en el centro de esta zona, parece haber desempeñado un

importante papel en el marco de las relaciones entre el mundo griego y los indígenas. El ritmo de sus ocupaciones y la naturaleza de los restos aparecidos son a todas luces inseparables de la historia de la presencia griega en el valle.

La colina, situada en los alrededores de las formaciones de piedemonte y dominando el valle del Hérault desde una altura de 257 m, constituía en un primer momento un lugar destinado al culto, según parece probar el importante conjunto de estelas aparecidas durante las recientes excavaciones (GARCÍA 1992a). Más adelante, durante la fase *La Ramasse 1* (530-500 aC), se produce un reagrupamiento de la población local que conlleva la formación de un hábitat cuya superficie alcanzará alrededor de 5 ha. Las casas se construyen con materiales perecederos y el yacimiento no parece presentar, *a priori*, ningún elemento de defensa. El material cerámico exhumado (ánforas etruscas, ánforas griegas en mayor cuantía, cerámica gris monocroma de los "talleres" de Agde...) deja entrever intensas relaciones con los focos instalados en la zona terminal del valle. La ocupación es corta y enseguida (500 aC) el yacimiento se abandona casi en su práctica totalidad hasta el 400/375 aC.

Poco después de la fundación de Agde (400/375-250/225 aC), el asentamiento experimenta, sin embargo, una profunda remodelación (fase *La Ramasse 3*). Se construye una muralla que circunda un espacio habitable con una extensión aproximada de 1 ha y se edifican casas unicelulares adosadas a su paramento interno (figs. 6 y 7). En la zona excavada, la muralla presenta un trazado regular en cremallera (GARCÍA 1993, 122-127, fig. 13), sin paralelos hasta ahora en Francia y poco frecuente en Occidente. Este tipo de fortificación, descrito por el arquitecto Filón de Bizancio (A, 5, 56), podría traducir una influencia helénica; al igual que los bancos corridos adosados contra tres y hasta cuatro paredes en el interior de las casas que, aunque son conocidos igualmente en los ambientes indígenas (ESTRABÓN III, 3-7), evocan, sin duda, los *triclinia* clásicos (GARCÍA 1993, 158) (fig. 8). El material cerámico es casi exclusivamente indígena; las escasas importaciones presentes, especialmente las ánforas y la vajilla de servicio, debieron probablemente transitar a través de Agde. Los restos metalúrgicos aparecidos (mineral de cobre, hornos de reducción...) (fig. 9) y, en mayor medida, la importante actividad de almacenamiento de cereales detectada (*dolia*) debieron constituir las contraprestaciones indígenas a las necesidades de la colonia.

El yacimiento se abandona paulatinamente a partir de mediados del siglo IV aC, muy posiblemente en relación con la aparición de un nuevo asentamiento en el llano (Peyre-Plantade), situado escasamente 1,5 km al nordeste del anterior. El estudio global de La Ramasse, todavía en curso, permitirá sin duda precisar mejor el *status* real del asentamiento; a título de hipótesis, parece plausible pensar que fenómenos tales como la construcción de la muralla podrían explicarse en tanto que una prestación de servicio masaliota⁴ cuyo

4. Sobre este tipo de prestaciones y a propósito del papel desempeñado por los consejeros masaliotas, cf. por ejemplo, Ch. Goudineau (1983) por lo que concierne a las aportaciones

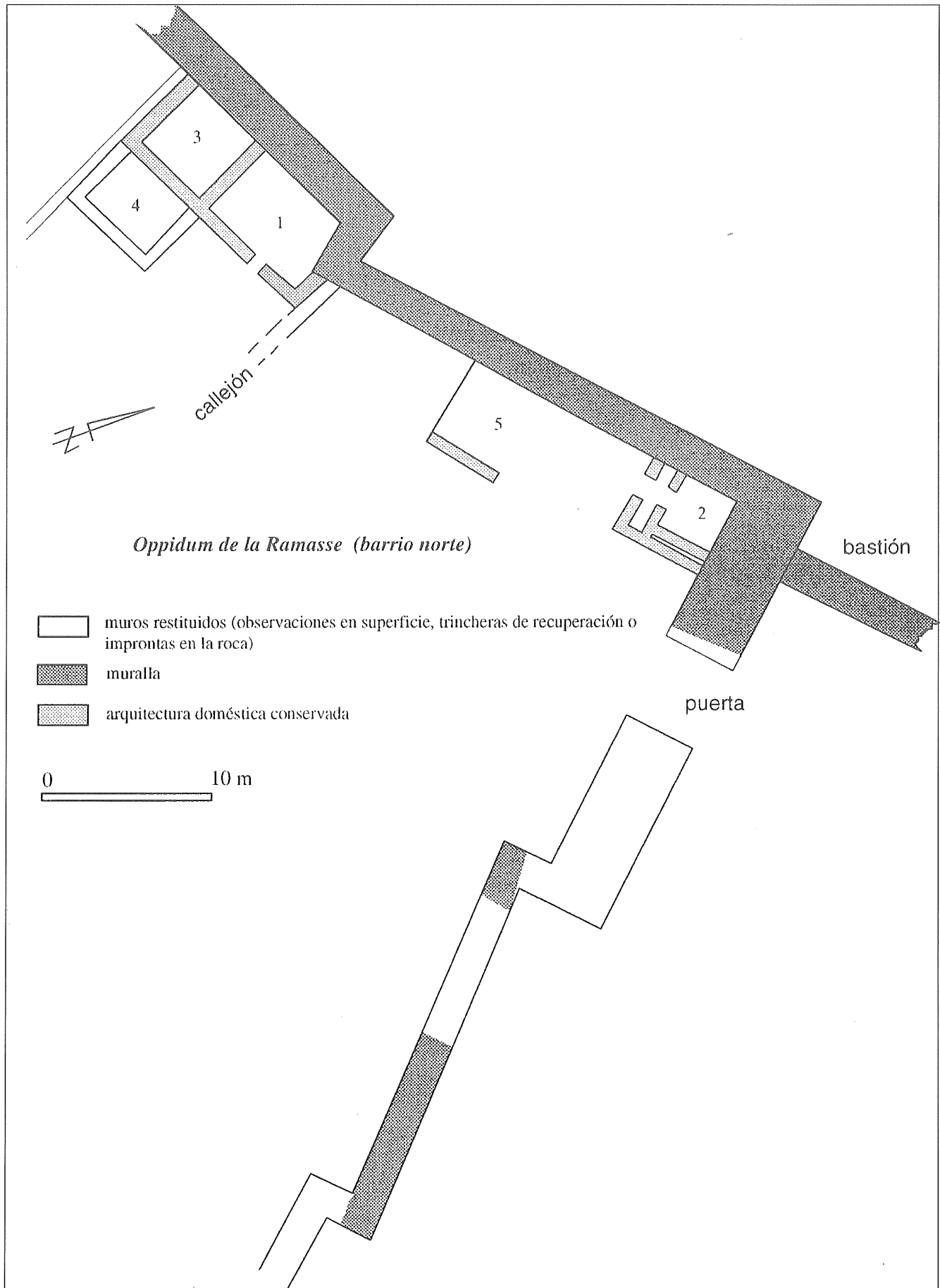


Figura 6. - Planta del barrio norte del *oppidum* de la Ramasse en Clermont-l'Hérault. Representación de las estructuras durante la fase 3 (400/375-250/225 aC). - 1 a 4. casas unicelulares. - 5. granero. El trazado en bayoneta de la muralla podría indicar una "prestación de servicio" masaliota.

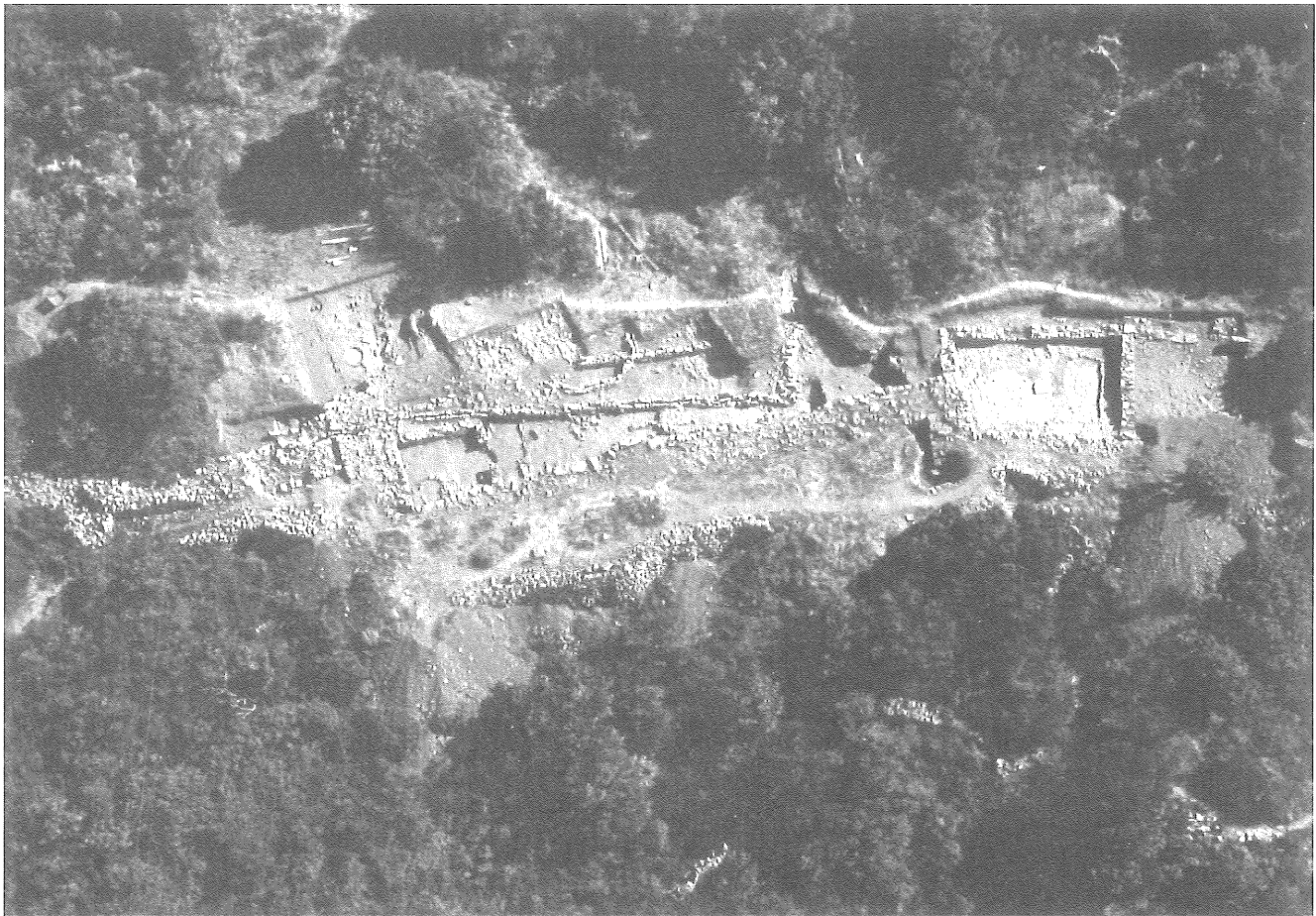


Figura 7. - Fotografía aérea del barrio norte del *oppidum* de La Ramasse.



Figura 8. - Fotografía de la unidad doméstica nº 1 del *oppidum* de La Ramasse; a la izquierda, banco corrido tipo *triclínium*.

objetivo final sería reforzar la autoridad local de un yacimiento situado en el epicentro de su zona de intereses, asegurando así su abastecimiento de materias primas.

La última zona de nuestro análisis del territorio resulta más difícil de caracterizar. A partir de los 40 km de distancia de la colonia, se extiende un espacio con potencialidades latentes y límites septentrionales

tecnológicas: prensas, catapultas...; P. Arcelin (1986, 61) para las fortificaciones de la región de Marsella; L. Chabot (1992, 129) a propósito de la cisterna de La Cloche y M. Py (1992, 124) para las torres monumentales de la región de Nimes.

difusos. Los restos de poblamiento son escasos y los productos griegos casi inexistentes. Las razones de este fenómeno no se deben a la competencia con otras importaciones, sino más bien a la pobreza intrínseca de los recursos locales, incapaz de ofrecer contraprestaciones suficientes, y a la propia inaccesibilidad del territorio con deficientes posibilidades de comunicación.⁵ Se trata de mesetas, tierras altas y áridas, situadas por encima de las fuentes de los ríos, *eschatiai* por excelencia.

El hecho singular, en estas apartadas regiones, lo constituye la presencia de cuevas-santuario situadas en los límites de zonas desérticas, que pueden tal vez relacionarse con el culto a las divinidades de las aguas y también con las fuerzas ctonianas o, en sentido más genérico, con las fuerzas de la tierra.⁶ Su frecuentación se produce principalmente durante los siglos II-I aC y la presencia de materiales de origen mediterráneo (cerámica de barniz negro, monedas de Marsella...) es

5. Menos de 10 yacimientos al norte del departamento del Hérault y del Aveyron han proporcionado materiales de importación anteriores al siglo II aC (GARCÍA 1990) y la práctica totalidad de la documentación disponible puede situarse entre finales del siglo VI aC y el siglo V aC; eso da una idea de hasta qué punto Agde ha ignorado la zona de las Causses.

6. Sobre estos yacimientos del *hinterland*, en especial Le Cros y Montpeyroux, cf. D. Garcia (1993, 296-299); consultar igualmente F. de Polignac (984, 98-99) a propósito del tipo de santuario con ambiente «propicio para acoger divinidades específicas» y P. Arcelin et al. (1992, 185-186) para los yacimientos meridionales.

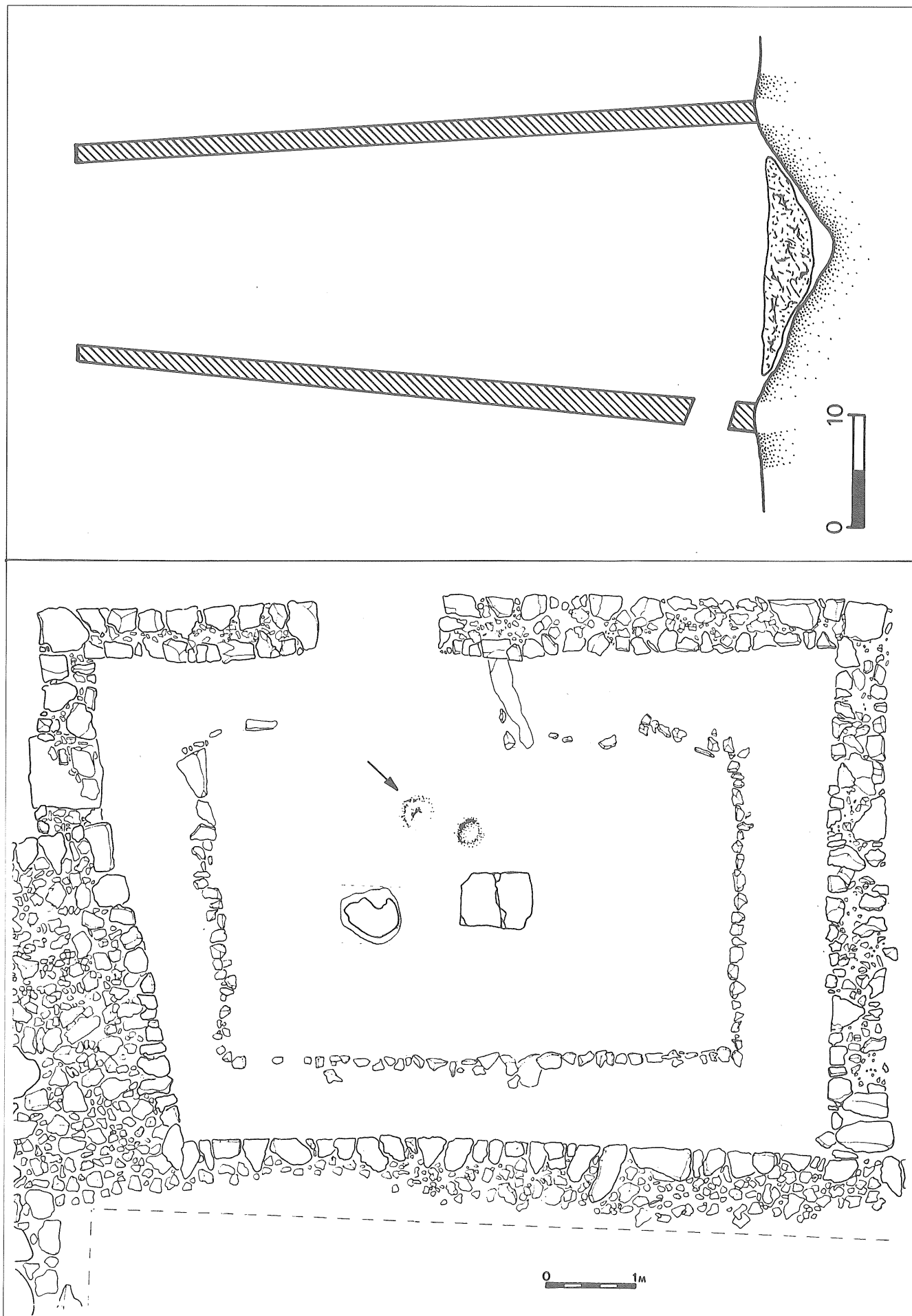


Figura 9. - Situación de dos hornos de reducción en la unidad doméstica núm. 1 de la Ramasse (Clermont-L'Hérault) y restitución hipotética de un ejemplar.

notoria. ¿Fueron santuarios exclusivos de los pueblos montañoses de las Causses o, más bien al contrario, fueron lugares de culto cuya situación al pie de las montañas atraía a los habitantes del valle?

El futuro de Agde después de la fundación de la Narbonesa y la caída de Marsella el 49 aC constituye un punto oscuro en la historia de la colonia, sobre el cual los resultados obtenidos en las excavaciones aportan pocos datos. Recientemente he formulado la hipótesis (GARCÍA 1995, 163) de que Agde disfrutó durante un corto período de tiempo, como mucho algunos decenios, de una relativa autonomía después de la caída de la ciudad-madre el 49 aC; este fenómeno pudo haberse prolongado hasta la fundación de Béziers, la *Colonia V. Julia Baeterrensium*...

Conclusiones

El valle del Hérault constituye una región favorable para la implantación humana y para el desarrollo de relaciones interétnicas; se trata de una vía natural de comunicación situada en el seno de territorios complementarios y a las puertas de un próspero *hinterland*. Con anterioridad a los primeros contactos mediterráneos, a finales de la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro, la población indígena existente desarrollaba un modo de vida semisedentario interviniendo ya en el proceso de circulación de productos, especialmente el cobre procedente de la zona de Cabrières y Lodève. Es muy posible, por lo que respecta al metal, que exista una tradición de difusión (BONTE, IZARD 1991, 469) más directamente relacionada con la práctica del intercambio comercial tradicional, libre de cualquier control u obligación hacia instituciones o parientes, que con un sistema de dones y contradones sobre el que se asentaría la propia estructura social, en cuyo caso serviría de poco estímulo para el desarrollo de las relaciones interétnicas (GODBOUT 1992).

A partir del s. VII aC, estas comunidades del Languedoc Central, pertenecientes al poderoso pueblo de los elísicos, empezarán a cotejarse con los comerciantes fenopúnicos, etruscos y griegos. Este mercado, inicialmente compartido, experimentará una transformación crucial con la instalación de los focenses en el emplazamiento de la mismísima Agde a inicios del siglo VI aC. Al igual que *Massalia* y *Emporion*, Agde constituirá a partir de este momento uno de los puntos de apoyo para el desarrollo de la actividad comercial focense en Occidente. El asentamiento suscitará una transformación dentro de la economía indígena y acelerará, sin duda, el proceso de sedentarización del hábitat a lo largo y ancho del valle; tendrá, sin embargo, una corta duración.

El siglo V aC estará marcado por el retroceso de la presencia griega y por el desarrollo de la cultura ibérica y de la actividad comercial "íbero-púnica". No obstante, Marsella, en plena fase de expansión y deseosa de

proteger su mercado, creará hacia el 400 aC una colonia, justo en el emplazamiento del antiguo *emporion* focense. Esta etapa significará el fin de la autonomía económico-cultural de las poblaciones indígenas que, de ahora en adelante, se encontrarán bajo el yugo de las influencias económico-políticas masaliotas.

El papel militar y comercial de Agde es predominante desde el momento de la fundación de la colonia «frente a los bárbaros», tal como señala Estrabón (IV, 1, 5), y más teniendo en cuenta que la colonia sucede a un *emporion*. Pero, desde antes de la mitad del siglo IV aC, una serie de transformaciones o, por lo menos, una evolución sensible parece producirse: la remodelación de la trama urbana cuyo parcelario se extiende más allá de las murallas y la implantación poco después de un catastro rural parecen probar una verdadera inquietud por el control del territorio. ¿Corresponde este fenómeno a una nueva orientación de la política colonial de la ciudad, tal vez relacionada con la llegada de nuevos contingentes de colonos, o simplemente es fruto de la evolución normal de la situación, una vez asegurada la supremacía masaliota en el Languedoc Central? ¿Mantuvieron los griegos durante un primera etapa —mientras eran un *emporion* y en los primeros momentos de la colonia— una «actitud adquisitiva» hacia los productos de primera necesidad (el metal y los cereales especialmente), para acto seguido —a partir del siglo IV aC— compaginarla con una «actitud productiva» (vino, aceite, cereales...)?⁷ El hecho es que el carácter agrario es bien patente hasta el siglo I dC, como lo es igualmente el peso económico y cultural de dicha presencia griega en la región.

El Languedoc Central —y en particular el valle del Hérault— suponen un terreno privilegiado para la investigación y análisis de los contactos entre griegos e indígenas en el Sur de Francia. En efecto, Avieno (*Ora maritima*, v. 611-613) sitúa cerca de la laguna *Taurus* (Thau), siguiendo el río *Oranus* (Hérault), la frontera entre «el territorio ibérico y los rudos ligures»; la presencia griega en la región, a partir del siglo VII aC, trastornará, sin embargo, las relaciones de fuerza y la dinámica de los contactos existentes: de unas relaciones este-oeste se asistirá paulatinamente al desarrollo de intercambios norte-sur y a la puesta en escena de una zona de comercio privilegiada.

Dominique García

Université de Provence / Centre Camille-Jullian
29 avenue Robert-Schuman
13621 Aix-en-Provence

7. Respecto a estos conceptos, cf. E. Lépore (1969, 177-188) y P. Rouillard (1991, 307-308 y nota 393).

Bibliografía

ABAUZIT 1961

P. Abauzit, «Nécropole du premier Age du fer à Vendres, canton de Béziers (Hérault)», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LVII, 151-162.

ARCELIN 1986

P. Arcelin, «Le territoire de Marseille grecque dans son contexte indigène», In: M. Bats y H. Treziny (ed.), *Le Territoire de Marseille grecque, Etudes Massaliètes*, 1, 43-104.

ARCELIN et al. 1992

P. Arcelin, B. Dedet y M. Schwaller, «Espaces publics, espaces religieux protohistoriques en Gaule méridionale», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 181-242.

ARIS 1986-1987

R. Aris, «Notes sur l'histoire d'Agde», *Études sur l'Hérault*, NS, 2-3, 11-18.

BARRUOL 1973

G. Barruol, «Les Elysiques et leur capitale, *Naro-Narbo*», In: Narbonne, Archéologie et histoire, *Congrès Fédération Historique du Languedoc Méditerranéen et du Roussillon*, 49-63.

BONTE, IZARD 1991

P. Bonte y M. Izard (dir.), *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'antropologie*, Paris, PUF, 755 p.

BOUDOU et al. 1961

J. Boudou, J. Arnal y A. Soutou, «La céramique à méandres symétriques du Pont-du-Diable (Aniane, Hérault)», *Gallia*, 19, 201-218.

BOUSCARAS, HUGUES 1972

A. Bouscaras y C. Hugues, «La cargaison des bronzes de Rochelongue, Agde, Hérault», *Revue d'Études Ligures*, 33, 173-184.

CATALOGUE 1993

Catalogue 1993, *Exposition: Echanges, Circulation d'objets et commerce en Rouergue de la Préhistoire au Moyen Âge*, Rodez, Musée de Rouergue, 210 p. (Guide d'Archéologie, núm. 2).

COULOUMA, CLAUSTRES 1943

J. Coulouma y G. Claustre, «L'oppidum de Cessero près de Saint-Thibéry», *Gallia*, 1, 1-18.

CHABOT 1992

L. Chabot, «La citerne collective du village de la Cloche, Les Pennes-Mirabeau (B.-du-Rh.)», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 126-130.

FONQUERLE 1986

D. Fonquerle, «Le trépied étrusque et le mobilier d'accompagnement dans le gisement sous-marin de «La Tour du Castellas», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 12, 1986, 111-121.

GAILLEDRAT 1993

E. Gailledrat, «Céramique ibéro-languedocienne», M. Py (éd.), *Dicocer, Lattara*, 6, 461-469.

GARCÍA 1987a

D. García, «Observations sur la production et le commerce des céréales en Languedoc méditerranéen durant l'Age du Fer: les formes de stockage des grains», *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 20, 43-98.

- GARCÍA 1987b
D. García, «Le dépôt de bronzes launacien de Roque-Courbe, Saint-Saturnin, Hérault», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 10, 1987, 9-29.
- GARCÍA 1990
D. García, «La diffusion des amphores massaliètes vers le Massif Central (vallée de l'Hérault et département de l'Aveyron)», M. Bats (ed.), «Les amphores de Marseille grecque (Actes table ronde de Lattes, 1989)», *Études Massaliètes*, 2, 111-117.
- GARCÍA 1992a
D. García, «Les stèles de la Ramasse à Clermont-l'Hérault», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 158-165.
- GARCÍA 1992b
D. García, «Eléments d'architecture publique à Ensérune (Nissan-les-Ensérune, Hérault)», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 31-43.
- GARCÍA 1993
D. García, *Entre Ibères et Ligures. Lodévois et moyenne vallée de l'Hérault protohistoriques*, Supplément 26 à la *Revue Archéologique de Narbonnaise*, Paris, CNRS, 355 p.
- GARCÍA 1994
D. García, «La place de la vallée de l'Hérault dans "l'ibérisation" du Languedoc méditerranéen», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 16, 47-52.
- GARCÍA 1995
D. García, «Le territoire d'Agde grecque et l'occupation du sol en Languedoc central durant l'Age du Fer», *Études Massaliètes*, 4, 137-167.
- GARCÍA, ORLIAC 1986
D. García y D. Orliac, «Bassins et disques en bronze à décor perlé du bassin moyen de l'Hérault», *Archéologie en Languedoc*, 1986 (3), 63-66.
- GARCÍA, ORLIAC 1990
D. García, D. Orliac et al., «Les Courtinals à Mourèze (Hérault). Etude préliminaire de l'habitat protohistorique et son territoire», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 13, 15-34.
- GASCO 1993
J. Gasco, «La Préhistoire», G. Cholvy (dir.), *L'Hérault de la préhistoire à nos jours*, Saint-Jean-d'Angély, éd. Bordessoules, 32-70.
- GODBOUT 1992
J. T. Godbout, *L'esprit du don*, Paris, La Découverte, 345 p.
- GOUDINEAU 1983
Ch. Goudineau, «Marseille, Rome and Gaul from the third to the first century B.C.», P. Garnsey, K. Hopkins y C.R. Whittaker (ed.), *Trade in the Ancient Economy*, Londres, Chatto & Windus, 76-86.
- GRAS 1977
M. Gras, «Agde et le commerce préromain dans le Languedoc archaïque», *Géographie commerciale de la Gaule*, Actes du colloque de Tours (1976), *Caesarodunum*, 12, 152-159.
- GRAS 1985
M. Gras, *Trafics tyrrhéniens archaïques*, Rome, 773 p., (Befar, 258).
- GRAS 1993
M. Gras, «Pour une Méditerranée des *emporía*», P. Bresson y P. Rouillard (ed.), *L'Emporion*, Bordeaux, Centre Pierre-Paris, 103-112.
- GRIMAL, ARNAL 1966
J. Grimal y J. Arnal, «Gisement des Carreiroux de Saint-Apolis de Fontenille, Florensac, Hérault», *Bulletin du Musée Archéologique et Préhistorique de Monaco*, 13, 161-184.
- GRIMAL 1979
J. Grimal, «Le fond de cabane mailhacien des "Jonquiès" à Portiragnes (Hérault)», *Archéologie en Languedoc*, 2, 85-96.
- HOULÈS, JANIN 1992
N. Houles y T. Janin, «Une tombe du Premier Age du Fer au lieu-dit Saint-Antoine à Castelnau-de-Guers (Hérault)», *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 25, 433-442.
- JULLY 1973
J. J. Jully, *La céramique attique de La Monédière, Bessan, Hérault*, Bruxelles, Latomus, 362 p., 30 lám. y 34 fig.
- JULLY 1976
J. J. Jully, «Céramiques ibéro-languedociennes et ibériques classiques dans les basses vallées de l'Hérault et de l'Orb, typologie, chronologie», *Ampurias*, 38-40, 1976-1978, 387-393.
- JULLY et al. 1978
J. J. Jully et al., *Agde antique*, Pézenas, 64 p.
- LÉPORE 1969
E. Lépoire, «Osservazioni sul rapporto tra fatti economici et fatti di colonizzazione in Occidente», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, III, 177-188.
- MARCHAND 1982
G. Marchand, «Essai de classement typologique des amphores étrusques, La Monédière, Bessan, Hérault», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 5, 145-158.
- MOREL 1992
J. P. Morel, «Marseille dans la colonisation phocéenne», *Marseille grecque et la Gaule*, *Études Massaliètes*, 3, 15-25.
- NICKELS 1976a
A. Nickels, «Les maisons à abside d'époque grecque archaïque de La Monédière (Bessan, Hérault)», *Gallia*, 34, 1976-1, 95-128.

NICKELS 1976b

A. Nickels, «Contribution des fouilles de l'arrière-pays d'Agde à l'étude des rapports entre Grecs et indigènes en Languedoc (vie/ve)», *Mélanges de l'Ecole Française de Rome (Antiquité)*, 88, 141-157.

NICKELS 1978

A. Nickels, «Contribution à l'étude de la céramique grise archaïque en Languedoc-Roussillon», *Les céramiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident*, Inst. Français de Naples, IV, 2e série, Paris, CNRS, 248-267.

NICKELS 1981

A. Nickels, «Recherches sur la topographie de la ville antique d'Agde (Hérault)», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 4, 29-50.

NICKELS 1982

A. Nickels, «Agde grecque, les recherches récentes», *Parola del passato*, 204-207, 269-279.

NICKELS 1983

A. Nickels, «Les Grecs en Gaule: l'exemple du Languedoc», *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Pise-Rome, 409-428.

NICKELS 1987

A. Nickels, «Le site protohistorique de Mont-Joui à Florensac (Hérault)», *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 20, 3-42.

NICKELS 1989

A. Nickels, «La Monédière à Bessan (Hérault). Le bilan des recherches», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 12, 51-120.

NICKELS 1990

A. Nickels, «Essai sur le développement topographique de la nécropole protohistorique de Pézenas», *Gallia*, 47, 1-27.

NICKELS 1995

A. Nickels, «Les sondages de la rue Perben à Agde (Hérault)», *Études Massaliètes*, 4, 59-98.

NICKELS, MARCHAND 1976

A. Nickels y G. Marchand, «Recherches stratigraphiques ponctuelles à proximité des remparts antiques d'Agde», *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 9, 45-62.

NICKELS et al. 1981

A. Nickels et al., «La nécropole du Premier Age du Fer d'Agde, les tombes à importations grecques», *MEFRA*, 93, 1981-1, 89-127.

NICKELS et al. 1989

A. Nickels, G. Marchand y M. Schwaller, *Agde, la nécropole du premier Age du Fer*, Supplément 19 de la Revue Archéologique Narbonnaise, Paris, CNRS, 498 p.

POLIGNAC 1984

F. de Polignac, *La naissance de la cité grecque. Culture, espace et société (viii-viie s. av. J.-C.)*, Paris, La Découverte, 190 p.

PRADES, ARNAL 1965

H. Prades y J. Arnal, «Le gisement du Pierras de l'Hermitage, Servian, Hérault», *Bulletin du Musée Archéologique et Préhistorique de Monaco*, 12, 187-200.

PY 1990

M. Py, *Culture, économie et sociétés protohistoriques de la région nîmoise*, Rome, 2 vol., 957 p. (Coll. Ec. Franç. Rome, 131).

PY 1992

M. Py, «Les tours monumentales de la région nîmoise», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 117-125.

ROUILLARD 1991

P. Rouillard, *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du viii au iv siècle avant Jésus-Christ*, Paris, dif. de Boccard, 467 p., 48 fig., XVI lām.

SANMARTÍ-GRECO 1992

E. Sanmartí-Greco, «*Massalia et Emporion*: une origine commune, deux destins différents», Marseille grecque et la Gaule, *Études Massaliètes*, 3, 27-41.

UGOLINI et al. 1991

D. Ugolini, Ch. Olive et al., «Béziers au ve s. av. J.-C.: étude d'un ensemble de mobilier représentatif et essai de caractérisation du site», *Documents d'Archéologie Méridionale*, 14, 141-204.